

MARÍA LASO

EL TATUAJE DEL FARO



niebla

MARÍA LASO

EL TATUAJE DEL FARO

EL ROMPIDO, 2015

- María Dolores Laso Flores, 2015
- Editorial Niebla, José Rafael Pérez Fuentes
Primera edición en Niebla, mayo del 2015
Segunda edición revisada en Amazon, octubre del 2015
- Pintura de la portada: Rafael Mateos
Modelo de la portada: Eva Isabel Almagro

I.S.B.N: 978-84-943605-4-1

Depósito legal: H 73-2015

Reservado todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright».

Editorial Niebla

rafa@nieblaeditorial.com

www.nieblaeditorial.com

Maquetación y corrección: José Rafael Pérez Fuentes

*A Toni,
cuya alegría de vivir ha si-
do inquebrantable.*

«A veces el Demonio adopta la forma de la más seductora de las mujeres, que acostumbra mis labios a filtros infames y lanza a mis ojos confundidos sucias vestiduras, heridas abiertas y el aderezo siniestro de la destrucción».

Las flores del mal. Charles Baudelaire.

Lo que más le gusta es que le acaricie con los labios húmedos el pezón. Suelo recrearme en sus dos pezones hasta que siento cómo se relaja, se abandona y gime quedadamente. No dejaría jamás de besarlos, tocarlos con la lengua y succionarlos, pero he de parar cuando me suplica que cese porque se está volviendo loca de placer. Entonces son mis manos las que vuelan hacia su cuerpo. Mi pequeño gorrión se abandona en ellas...

Empieza a jadear con fuerza, a elevarse, a pedirme que la bese aquí, que la toque allí, que introduzca mis dedos en su sexo... «no pares.., así...; ¡oh! ¡Dios!» Se aferra a mí con todas las fibras de su ser.

Su excitación es mi excitación, su felicidad es mi felicidad, su futuro es mi futuro, yo soy ella y ella soy yo.

—¡Te amo! —exclama en medio del paroxismo del orgasmo y es tanto lo que significan esas palabras que no quiero que las repita ni que diga nada más. Por eso apoyo con suavidad la boca contra sus carnosos labios y, así, acallo cualquier otro sonido que no sean los postreros jadeos, que van bajando de intensidad tras el clímax o el atronador latido de su corazón al que todavía no le ha dado tiempo a calmarse.

Me acurruco a su lado y cierro los ojos. Quiero volver a la realidad poco a poco; quiero seguir sintiendo el olor de su perfume y de su piel; quiero sentir su aliento en mi frente; quiero dormir toda la noche de un tirón sin que vengan a visitarme horribles pesadillas; quiero despertarme mañana y comprobar que, un día más, ella sigue junto a mí.

Soy feliz. No puedo pedirle nada más a la vida. He alcanzado una madurez serena que me hace verlo todo de una forma..., no sé, como sin ansiedad, con estoicismo. Ahora que él ha muerto, nadie más nos volverá a hacer daño. Puedo bajar la guardia y disfrutar del momento.

Iremos paso a paso, valorando cada minuto del presente. No volveré a obsesionarme ni a perseguir obcecada-

mente un futuro mejor, pues mi futuro es el ahora, es perfecto, es ella.

Noto cómo nos envuelve y nos protege nuestro talismán, el dibujo del faro de El Rompido que llevo tatuado en la espalda. Cuando ella recorre con sus delicados dedos la imagen y me pregunta si me dolió al hacérmela... Solo puedo decirle que sus caricias son el bálsamo que calmaría el ácido abrasador de un leviatán.

Significado del tatuaje del jazmín: La flor del jazmín es de color blanco cremoso o de un tono amarillo. Su aroma es evocador y sensual y anuncia la presencia de la flor antes de ser vista. Según algunas interpretaciones, evoca el amor lejano y ausente, el cual vuelve con cada ráfaga del perfume. La palabra jazmín proviene del término árabe Yazmín, que significa "regalo de Dios". Los Reyes de Afganistán, Nepal y Persia lo cultivaban ya por el siglo XV. En la India esta flor es símbolo del amor y representa la elegancia, la gracia y la modestia.

www.tatuarte.org

Gerona, septiembre de 1988

Un domingo de septiembre de 1988 una muchacha alta y taciturna caminaba por uno de los puentes de Gerona, concretamente, por el pont d'Isabel II, más conocido como Pont de Pedra.

Con solo dieciocho años, se sentía devastada por la soledad, por la desilusión y por los pensamientos suicidas que le nublaban el entendimiento. Se detuvo en mitad del puente, justo a la altura de la antigua inscripción que hay en el centro del mismo: «Reinando doña Isabel Segunda. Año de 1956».

A esa hora de la tarde en la que los cláxones de los coches forman tal estruendo que es imposible mantener una conversación decente, a las ocho y media; a esa hora en la que la ciudad ya hace muchos minutos que ha despertado del letargo del mediodía, cuando casi todos han acabado de salir de sus horarios de oficina; a esa hora en la que las risotadas de adolescentes se entremezclan con los gritos de los niños en el parque; a esa hora... ella era el ser más extenuado, herido y vacío de todos los que pululaban por la ciudad.

Abrió la mano y escudriñó la bola de papel, estrujada y sudada, que había llevado durante horas en un vano deambular por la ciudad. Mecánicamente volvieron a su mente las nefastas palabras que la habían inducido a esa hecatombe emocional en la que se encontraba: «Tu madre ha muerto... Él la vio caer por las escaleras de la segunda planta... No sobrevivió a las contusiones... La enterramos ayer... Él no te quiere aquí... No vuelvas jamás a este lugar... Busca el sustento cómo y dónde puedas y que Dios te proteja y te cuide. Rezaré por ti, Patricia».

Volvió a ver la cara dulce y sonriente de su madre diciéndole «no pasa nada gorrión, estoy aquí... nunca te abandonaré». Al final, fue ella quien la abandonó, quien la dejó en manos de la más negra noche y en el fondo del más lúgubre pozo. Estiró la mano y, describiendo una leve circunferencia con la muñeca, dejó caer la estrujada bola que una vez fuera hoja de papel.

Fijó la mirada en el agua que discurría bajo el puente, esforzándose por encontrar el rastro de la misiva que había sacrificado, tan solo unos segundos antes, a la traicionera corriente. Pero en realidad no llegó a percibir nada porque sus ojos estaban vueltos hacia dentro de sí misma. Buscaban aquellos recuerdos que llevaban demasiado tiempo enterrados en la oscuridad de su alma. Sin embargo, no llegó a profundizar en ellos, ni siquiera se acercó a las primeras capas de su memoria porque algo inquietante quería abrirse paso a la superficie... Fue tanto el pánico que sintió que cerró los ojos, respiró profusamente y repitió la letanía talismán que la ayudaba en esos momentos en los que se sentía tan expuesta al mal: «No eres real, no eres real, no eres real, no eres real...».

Hizo un gran esfuerzo por no moverse del lugar donde se encontraba. No quería volver a percibir, a sentir, a soportar... la humanidad que la rodeaba. Prefería quedarse, eternamente, en el estado de semiinconsciencia en el que se encontraba. Creyó oír cómo las aguas del Onyar la lla-

maban, le susurraban delicadas palabras de consuelo y, posteriormente, le pedían que saltase a su cálido y acogedor cauce.

«No eres real, no eres real, no eres real, no eres real...».

Notó cómo alguien que cruzaba el puente la rozaba levemente al pasar por su lado. Dio un respingo y no pudo evitar que un grito desgarrador saliera de su garganta. No miró a su alrededor para observar cómo reaccionaba el transeúnte ante este despropósito, aunque tuvo que emplearse a fondo para no volver la cabeza. Tenía pavor al contacto con sus semejantes. Los seres humanos se le antojaban fieras salvajes siempre prestas a saltarle encima y a destrozarla a dentelladas en cuanto bajase la guardia.

Sabía que había algo anormal en ella desde que apenas levantaba un palmo del suelo, desde que empezó a utilizar el raciocinio para ocultarse de secuencias vitales que no le gustaban o que no podía controlar, desde que fue consciente de que algo terrible estaba pasando a su alrededor y que nadie podría ni vendría a ayudarla.

«No eres real, no eres real, no eres real, no eres real...».

Algo muy importante acababa de suceder fracturando bruscamente su existencia...

«¿El qué? La carta..., madre..., mamá...».

«¿Entonces... al final había pasado?».

Ya no era el presentimiento constante que sentía roerle las entrañas. Este nuevo acontecimiento cambiaría el curso de su vida para bien o para mal.

«¿Contusiones?».

Lucía no tenía porqué precisar más. Los malos tratos. La violencia sin sentido. Oír cómo iba elevando la voz mientras las bofetadas se recrudecían. Aislarse para creer que solo era una pesadilla más. Insistentes y machaconas palabras que iban acompañadas de puñetazos y patadas: «inútil, no sirves para nada, guarra, basura...».

Bebida.

Esquizofrenia.

Palizas.

Moratonos.

Asesinato.

«No eres real, no eres real, no eres real, no eres real...».

Nadie la apoyaría si regresase al pueblo para pedir a las autoridades pertinentes que investigasen la muerte de su madre. Todos los de la comunidad conocían lo que pasaba entre las cuatro paredes de aquella casa pero solían levantar la voz cuando los gritos arreciaban; hacían oídos sordos a los portazos y sollozos; desviaban la mirada cuando las señales en el cuerpo eran evidentes. Entre otras cosas, porque no era el único hogar en el que el «hombre» demostraba su «orden y mando» golpeando y maltratando física y psicológicamente a su familia.

«No eres real, no eres real, no eres real, no eres real...».

«Tantas veces pensé que se le iría la mano».

«La culpa es mía».

«No debí dejarla sola, a su merced».

«Con tal de marcharme de allí..., la sacrifiqué».

Ella había podido escapar del horror, no así su madre. Con la excusa de los estudios, pudo irse lo más lejos posible del drama familiar. Su madre ayudó con su último aliento, exigiendo al opresor el apoyo financiero para tal fin, sacando fuerzas de donde ya apenas quedaban y jugando su farol más logrado: «Si ella no se marcha de aquí para labrarse un futuro; si tú no la ayudas..., mañana mismo partiremos las dos tumbadas en un ataúd. Mataré a Patricia y después me mataré yo. No sonrías... tal vez puedas impedírmelo durante un tiempo, encerrándome bajo cuatro llaves, pero, en cuanto tenga una oportunidad, lo haré. Y antes gritaré a los cuatro vientos el tipo de persona que eres. Tu reputación quedará por los suelos por tus accio-

nes..., y no solo lo que nos haces a tu hija y a mí, sino también "lo otro" estará en boca de todos».

«¿Realmente logró convencerlo o fue más bien la excusa perfecta para deshacerse de una adolescente que no iba a ser tan fácil de manejar como su principal víctima, su madre?».

Sea como fuere, su madre creyó ganar una batalla y, sin embargo, quedó irrevocablemente prisionera de aquella cárcel que carecía de barrotes físicos pero que tenía féreas cadenas invisibles.

Ella había vivido en Gerona, a salvo, todo este tiempo en un piso muy antiguo y deteriorado, ubicado en una de las coloristas casas que denominan del Onyar, por estar al lado de este río, en el casco antiguo y muy cerca de la espectacular Catedral Gótica de la ciudad.

No podía precisar cuánto tiempo había transcurrido desde que llegó al puente ni cuándo despertó de ese estado de laxitud y letargo en el que, empezaba a ser consciente, había permanecido por un periodo indeterminado. Ya no era la misma persona sino una chica totalmente diferente a la que se adentró en él.

A veces, al recordar tiempos pasados, sentía un sudor frío que la envolvía por entero. Creía percibir el olor de la casa familiar, el asfixiante olor a rancio, a cerrado, a oscuridad y miedo. También recordaba el agradable aroma que desprendían las plantas del pequeño jardín trasero, minúsculo oasis de oxígeno de aquella mazmorra en la que se veían confinadas su madre y ella, único reducto en el que podían disfrutar del sol algunos días.

Jamás lo diría en voz alta, pero empezaba a alegrarse de que su madre hubiese muerto. Reconocer este hecho propició que las tenazas de hierro que le oprimían el corazón comenzaran a aflojarse poco a poco. Ahora sí que podía ser capaz de moverse. Cierta nerviosismo empezó a abrirse paso y a desterrar esa laxa y malsana sensación de relajación muscular que había sufrido tras el shock inicial.

Se masajeó las sienes, tenía que ser fuerte y luchar por sobrevivir: «Es lo que ella hubiese querido».

Hacía meses que se estaba preparando para algo así, aunque sin saberlo. En alguna ocasión dejó que su mente creyese que todo se solucionaría y que las cosas cambiarían. Ahora, por fin, discernía que esa posibilidad se había esfumado como las promesas incumplidas de la gente que la rodeaba.

Hubo un tiempo, en la infancia, en el que rezaba con todas sus fuerzas para que las cosas fueran diferentes. Pero ya no recordaba en qué se había basado para creer que a través de la fe conseguiría algo.

«¡Qué estupidez!».

No quería volver a engañarse con falsas posibilidades, no podía asfixiar más el fondo de su alma con vanas esperanzas. La vida le estaba enseñando una de las lecciones más importantes: «estás sola y tendrás que arreglártelas para sobrevivir y resistir lo que te venga encima».

Aún con los párpados fuertemente cerrados, un bati-burrillo de imágenes en blanco y negro bailoteaba por delante de las retinas de Patricia, y de todas ellas se quedó con la del jazmín, el que había en la casa familiar del pueblo y el que con tanto mimo cuidaba su madre. Esta planta era su bien máspreciado, a su lado se sentaba para remendar los «trapos», para desplumar los pollos, para desperforar el maíz, para desgranar las habichuelas, etc. Cualquiera faena la hacía mejor y más contenta a la vera de ese arbusto.

Aquel instante lo evocaría siempre porque tomó una decisión que marcó un antes y un después en su vida y en su piel. Se haría un tatuaje. Honraría a su madre tatuándose su flor preferida, la flor del jazmín. La acción siguió a su pensamiento de un modo tan natural que se encontró parpadeando, abriendo los ojos que había mantenido fuertemente apretados para acostumbrarlos a la luz y a los colores del atardecer y, volviendo sobre sus pasos, se encaminó

hacia un local de tatuajes que recordaba haber visto en una de las callejuelas del casco antiguo de la ciudad.

Apenas tenía dinero para subsistir unos días y no sabía lo que le costaría que le dibujaran lo que tenía en mente, pero no le importaba.

«No recibiré ni un ingreso más en la cartilla..., tendré que dejar los estudios..., me pondré a trabajar o haré lo que sea».

«¿Qué importaba eso a estas alturas si sería ella quién, a partir de ahora, definiría el camino que seguir, el ritmo de los pasos que dar y los instantes que aprovechar?».

Era la dueña de su destino. ¿Destino? Jamás volvería a creer en esa fruslería, en lo único en lo que volvería a confiar sería en las decisiones que tomara ella misma. Estas serán las que marquen un camino u otro en su estela vital.

Se paró junto a la fachada pintada con bellos y enigmáticos grafitis herbarios que evocaban algún lugar exótico, aunque ella apenas sí podía reconocer unas cuantas de aquellas plantas: palmeras, plataneras, mangos, vainillas trepadoras, jacarandas, etc., sobre un fondo gris y azul. Parecía que esta exuberancia pictórica era la encargada de mantener en pie el destartado edificio de varios pisos en el que Patricia se había detenido. Allí se encontraba el local de tatuajes que iba buscando: una puerta pintada de verde, un pequeño escaparate limpio de cualquier obstáculo que no dejara traspasar la luz de la calle y que dejaba entrever un interior aséptico y cálido, un sofá que aparentaba ser cómodo, una mesita baja con revistas encima, una antigua máquina de discos que debía funcionar por el amortiguado sonido que llegaba a la calle...

Empujó la puerta y entró.

Jorge y yo hemos comenzado nuestras rutinas cinéfilas de septiembre yendo al cine a ver *Lucy*. Scarlett Johansson interpreta a una chica a la que obligan a ejercer de mula de drogas y que, al romperse la bolsa de narcóticos que lleva dentro del intestino, tras recibir una paliza, estos entran en contacto con su cuerpo. Las consecuencias de esta acción son que Lucy adquiere poderes y se convierte en un prodigio, es capaz de controlar los cuerpos y las mentes de las personas y desestructurar la materia.

Nos ha gustado mucho pues, aunque casi todo lo que se argumenta en ella es ficción y fantasía, desarrolla el mito de una frase apócrifa de Einstein, según la cual atribuía todo el mérito de sus logros al hecho de que era capaz de utilizar más del diez por ciento de su capacidad cerebral. Realmente no se sabe si el científico llegó a decir estas palabras alguna vez, aun así se han convertido en leyenda urbana y se las atribuyen.

Esta teoría es fascinante por el afán que tenemos los seres humanos de ser súper hombres y súper mujeres. Vamos tan acelerados por la vida intentando desarrollar al máximo nuestro potencial que nos olvidamos de disfrutar de las pequeñas cositas que tenemos alrededor y que, al poseerlas, pensamos que ya no tenemos por qué luchar por ellas.

Está claro que la pseudociencia de esta producción no se puede aplicar al mundo real. Sin embargo, el guion no tiene desperdicio. Las frases que más me han impactado de esta película y que, espero recordar siempre, han sido: «Coches corriendo por la carretera, si aceleras la imagen infinitamente... el coche desaparecerá. Así que, ¿qué prueba tenemos de su existencia? El tiempo le da validez a la existencia, es la única verdadera unidad de medida... Sin tiempo, no existimos».

Han pasado casi seis meses desde el homicidio de Frida y del suicidio de Jesús, su asesino, ambos amigos y